

PRIMER PREMIO

EL SILENCIO ROTO

AUTORA: MARÍA BLANCA BLANQUER PRATS

En la ciudad antigua, en el barrio antiguo salpicado de edificios palaciegos, iglesias y conventos, con sus pequeñas tiendas y oficios que satisfacían todas las necesidades, varios colegios y solo dos escuelas, una para niños y otra para niñas, en que aprendían sus primeras y, quizá, últimas letras.

Las familias que allí habitábamos nos diferenciábamos por la altura de las viviendas: Áticos, que eran solo porches, y plantas bajas estaban destinadas a los porteros, artesanos, obreros. Despertaban con el sol y regresaban a última hora de la tarde con los pies cansados y la espalda inclinada bajo el peso de la fatiga. A partir del primer piso residían los señores del despertar tardío que guardaban su intimidad tras los cortinajes.

Los niños de las escuelas iban solos, con ropas que siempre parecían demasiado grandes o pequeñas para su edad y un babero de rayas ondeando en el antebrazo; los niños de colegios salíamos siempre acompañados, con relucientes uniformes. Estábamos educados en el santo temor de Dios, el miedo al demonio, la obediencia a nuestros padres y el respeto a los mayores y vecinos, lo que coartaba nuestras voces que no podían elevarse más allá de ciertos límites ni permitírnos ademanes considerados soeces o pronunciar palabras tenidas groseras.

Los niños de las escuelas no debían sentir tantos miedos ni respetos ni coacciones porque se reunían por las calles, vociferaban, e insultaban al jugador que no había conseguido colar la pelota de trapo en el imbornal que, previamente taponado con un viejo periódico, se usaba como portería.

Mis atalayas estaban en los balcones de casa agazapada detrás de las barandillas, oculta por las plantas; porque me fascinaba el desenfado de aquellos niños a los que no osaría aproximarme para que mi Ángel de la Guarda no presentara su dimisión irrevocable. Pero entre ellos hubo uno que se incorporó al álbum de los primeros recuerdos; era fuerte y delgado, el pelo rubio y áspero descendía sobre la frente hasta las cejas y entre sus facciones pequeñas destacaban unos ojos rectilíneos de pupilas tan grandes y tan intenso azul que parecía no tener córneas. Nos cruzábamos en algún punto del recorrido desde mi casa hasta el colegio y pasaba muy cerca de mí dejando atrás el olor de jabón que expelía su babero. También formaba

XIII DP 2016
CONCURSO DE RELATOS

parte de los juegos callejeros y capitaneaba a su tropa con diversos gestos sin que jamás alzara la voz y pudiera llegar a mis oídos.

Ingresé en el internado dejando atrás mi ciudad, mis balcones y mis niños para subir a un tren con lágrimas de despedida y soportar en el duro asiento el trayecto que, a la sazón, duraba casi un día. Caras nuevas, una forma diferente de disciplina, monjas maternas que intentaban hacernos un hogar imposible y solidaridad entre las alumnas que resultaba imprescindible cuando se formaba parte de la pandilla más revoltosa de las aulas: Las niñas visitaban la Capilla para orar y pedir gracias a la Virgen y, como suponíamos que tanto ruego la abrumaba, decidimos que en los recreos haríamos nuestra visita para alegrar a la Santa Madre contándole un chiste. La preciosa imagen permaneció siempre impasible mientras nosotros sofocábamos las risas y, en una de esas, nos pilló la superiora que tras acusarnos de un montón de irreverencias nos impuso un severo castigo. Una vez nos colamos en las buhardillas para curiosear en los baúles que guardaban las religiosas con el único fin de averiguar su nombre verdadero y alguien echó la llave por fuera; un par de horas más tarde dieron con nosotras y el alivio del encuentro no aminoró en absoluto la reprimenda y amenaza de expulsión que cayó sobre nuestras cabezas. Una tras otra, entramos en el ranking de los “trastos” del Colegio y cuando ya de ex alumnas nos volvimos a reunir con las religiosas y les contamos nuestras motivaciones hubo una reconciliación universal al abrigo del cariño que nos profesábamos todas.

Día tras día, año tras año, el alma conservaba las esencias de la sumisión y, a pesar de ello, a medida que nuestros cuerpos se desarrollaban y ensayábamos ocultas los efectos de un colorete sobre las mejillas, brotaban los primeros síntomas de independencia.

Durante las vacaciones vi muchas veces al niño de los ojos rectos y la primera vez que se cruzaron nuestras miradas descubrí en ellos el fulgor de dos centellas que me atravesaron; me ruboricé y sentí que el azote de un escalofrío me laceraba todo el cuerpo. Algo en él me asustaba y en cuanto atisbaba su figura me temblaban las piernas y procuraba desviarme del camino; sin embargo, los encuentros, en el reducido ámbito de nuestro barrio, eran inevitables y cada vez que nos veíamos se repetía en mí idéntico fenómeno. Uno y otro sólo éramos conscientes de que ambos existíamos, que formábamos parte de la comunidad de un barrio pacífico limitado en sus espacios e infinito en nuestros afanes.

Empecé la Universidad. Estaba un poco más lejos que mi primer colegio y volví a mi antiguo recorrido. La Facultad de Derecho nada tenía que ver con mis anteriores experiencias estudiantiles y gozaba distribuyendo mi

XIII DP 2016
CONCURSO DE RELATOS

tiempo para compatibilizar los estudios con los conciertos, el teatro, el orfeón, el deporte universitario, cine clubs, lectura y comentario de libros, para lo que necesitaba planificar hasta el último segundo de mis días. Pero no fueron estas las únicas inquietudes porque me había instalado en la década de las transformaciones y Bethowen, Bach, Mozart o Vivaldi iban apagando sus notas y dejaban para dejar paso a los ritmos del swing, los blues de Littel Walter, el vértigo de Elvis Presley, el inicio de los Beattles, Los Pantalones Azules, Los Milos, o las voces de cantantes surgidos de las propias aulas, como Vicente Castelló, Bruno Lomas y Raimon.

Los guateques dominicales dejaron de ser pacíficos y los bailes inspirados en nuestra nueva música tan poco acordes con los vestuarios tradicionales que Mari Quant se incorporó a nuestros armarios acortando poderosamente las faldas, nuestros héroes cinematográficos distaban de ser los buenos situando entre las preferencias a los rebeldes, con o sin causa. La adolescencia entre brumas, la discrepancia frente a los dogmas, resplandores del aura contruidos con el fervor de una muralla que detuvo golondrinas del ayer para albergar a los jilgueros del mañana. El único consuelo para las familias era la abundancia de jóvenes inconformistas que a nadie odiaban pero se habían prendado en las utopías.

Volví a encontrarme con el niño de los ojos rectos convertido en un hombre joven. Al volver de mis clases estaba delante de su portal, la espalda contra el muro, las manos atrás y el rostro hermético, los ojos rectos que me esperaban, me seguían, y para atenuar su resplandor yo elegía la acera de enfrente estableciendo entre los dos el abismo de unos pocos metros. En una ocasión asomó por la ventana el rostro macilento de una mujer y le dijo “Rafa, la comida ya está...” Él no respondió, volví a perder la oportunidad de saber como era su voz pero había aprendido su nombre: Rafa. De nuevo al atardecer su presencia constante, en la calle paralela por la que acudía a mis citas y él departía con otros jóvenes que bajaban la voz cuando yo doblaba la esquina, le musitaban frases, sonreían y esbozaban algún movimiento de empuje a la estatua marmórea e infatigable.

Confieso que en alguna ocasión pensé en abordarle y preguntar el porqué de su mirada insistente; y también he de confesar que si no lo hice fue por el temor a su respuesta. ¿Qué me podía decir? ¿Que yo me interponía en su paisaje? ¿Que tenía todo el tiempo del mundo para contarme...? Quizá podía acercarme y decirle “Yo soy Cristina” como pago de la deuda contraída por conocer su nombre... Y seguía adelante, con el último reducto de mis miedos y algo en mi interior que se complacía. Hubo una ocasión cuando visitaba en compañía de un amigo la rotativa de su periódico y desde la plataforma le vi junto a una máquina enfundado en un mono azul de

XIII DP 2016
CONCURSO DE RELATOS

trabajo; hierático, como si toda la nave se hubiera convertido en un desierto cubierto por el cielo oscuro en que brillase su única estrella. ¿Quién es ese chico? Mi amigo me respondió que no tenía ni idea. Nos fuimos; sé que algo mío se quedaba allí y que me llevaba algo que no me pertenecía.

Terminé la carrera e inicié la de la propia vida como el árbol cuyas ramas desconocen como será el sabor de sus frutos, los sueños colapsados ahogándose en salitre de lagos encogidos y en la selva del mundo aparecí como gacela cercada, escindida del calor de la manada que, por vez primera, me dejaba sola. Mis manos sudaron para flotar en un río que me llevase al futuro y brotaba de los manantiales de las dudas y el hastío.

El primer día que entré como pasante en un bufete de Abogados empezó mi pasantía trasportando legajos y buscando los Aranzadi; pero como nadie me impidió leer los escritos y, ocasionalmente, acompañaba a mis maestros a los Juzgados, me atreví a opinar acerca de algunos temas al parecer con acierto bastante para que me encomendasen mi primer Recurso contra una multa de tráfico y mi primera Demanda en reclamación de cantidad en las que puse tanto empeño como si con ello fuera a distribuir las riquezas del mundo entre todos sus habitantes. Vinieron otros Recursos, otras Demandas y, poco a poco, otros casos más difíciles cuyo planteamiento no mereció reproche alguno de D. Manuel, el Abogado Jefe, y sorprendieron gratamente en el despacho que un par de años después me relevarían de la pasantía integrándome en el equipo jurídico.

Abría devota los oídos a las palabras de nuestros clientes, hice míos sus problemas y lloré y reí con ellos. La cartera era muy amplia, banqueros o desahuciados, asalariados y patronos. Conocía a tantas entidades y personas que me pregunté si alguna vez el trabajador en la rotativa de un diario no sería alguno de los que llamaban a la puerta solicitando nuestra ayuda.

Otros eran ya a los que llamaba amigos o compañeros, con los que compartía el trabajo, los viajes y las fiestas, y aparecieron los primeros amores eternos que fenecían prontamente hasta que, al fin, uno de ellos lo fue y ambos hicimos un proyecto de vida en común que consagró nuestro matrimonio.

Me alejé para siempre de mi barrio a otro más moderno en que eché de menos las pequeñas tiendas y la familiaridad de los vecinos porque los geométricos trazados y las amplias avenidas que surgen del proyecto de vida administrativo poco tienen que ver con la aglomeración de familias que se hermanaron para compartir el agua de un río o cobijarse a la sombra de una Iglesia. Mi familia lo haría un poco más tarde, y nunca volví a ver

XIII DP 2016
CONCURSO DE RELATOS

los ojos azules y rasgados ni el fulgor de sus centellas estremeció mis pensamientos.

Era absolutamente feliz con mi matrimonio; todo lo compartíamos, y cuando él regresaba del hospital adivinaba el desarrollo de su jornada por la expresión de su rostro y celebrábamos los éxitos o le acompañaba en silencio mientras el consultaba en sus libros de medicina acerca de algún difícil diagnóstico. Los viernes cenábamos con los amigos y el sábado buscábamos algún destino de soledad compartida, unas horas que eran solo nuestras, y yo me las arreglaba en el despacho para acompañarle a los Congresos Médicos que nos llevaron a distintos lugares de la geografía. Cuando me propuso abrir su propia clínica habíamos alcanzado una de las metas que nos señalamos desde el principio y aunque disponíamos de menos tiempo libre los dos estábamos encantados.

Mi madre me ayudó mucho con los tres niños que ya teníamos a los cinco años de casados y aquella diminuta prole que nos hizo tan felices se encargó de complicar nuestras vidas que asumieron las suyas como prolongación de las nuestras

La cuarta vez mi madre nos había dejado y tuve serias complicaciones durante el embarazo; la niña nació prematuramente con graves problemas y a pesar de tener un médico en casa pasamos un año largo entrando y saliendo de urgencias, confundidos los días y las noches ante la pálida fragilidad amenazada y una angustia perenne que se traducía en una oración continua. Dejé de trabajar porque el caso más importante que tenía que resolver era salvar la vida de mi hija.

A los veintidós meses le dieron el alta sin que ello obstase para someterla a una vigilancia permanente; la mínima alteración del color de sus mejillas me ponía en guardia y hasta que cumplió los seis años no la llevamos al colegio por miedo a los contagios de las enfermedades infantiles. La acompañaba, la esperaba a la salida, preguntaba a las profesoras sobre como había transcurrido la jornada y me esmeraba en mantener el horario de sus tratamientos y el régimen alimenticio a que estaba sometida.

Los niños iban creciendo; cada vez que apagábamos las velas de un cumpleaños se encendía en mi mente la chispa de un nuevo sistema para multiplicarme. Me sometí al imperio de una agenda que señalaba el destino de mis horas y se oxidaron los tiempos pasados sustituidos por otros que forjaban por igual el amor y el sentido del deber que se imponía a mis actos y mis pensamientos se tradujeron en renglones sobre los que escribir las horas sin permitirme un solo desvío. Días de obligación, noches de desvelos y sobre todo ello la dicha compartida de que mi familia crecía en el

XIII DP 2016
CONCURSO DE RELATOS

abrazo de las palabras extendiéndose en la llanura verde de las adolescencias y la primera juventud que señalaba el inicio de nuestro propio declive. Sanos, estudiosos y en algún caso brillantes, es lo cierto, pero tuvimos que adaptarnos a otras canciones, a la estética de los vaqueros rotos, a las uñas pintadas de colores impensables, a las salidas nocturnas, a la emancipación de las deliciosas vacaciones familiares y a las exigencias de una generación que consideraba como derecho propio lo que otros habían conseguido con su imponderable esfuerzo. Ya no solo escuchaban, sino que debatían y a partir de entonces nos resignamos a aceptar que en la continua guerra generacional ya estábamos al otro lado. Se adormeció mi imaginación hasta sumirse en un letargo y al descubrir en la sien los primeros cabellos blancos comprendí que la nieve de los inviernos dormidos había congelado una parte de mí que, a fuer de lejana, quizá no había existido.

Todo lo soporté feliz mientras me alentaba el sentido de la familia pero empezó otra clase de sufrimientos: La sensación indemostrada de que algo no iba bien en mi matrimonio revelada por aquellas minucias que solo una mujer enamorada es capaz de comprender: Demasiadas guardias, excesivas reuniones, frecuentes ausencias y aquella forma de mirar cuando sus ojos se posaban sobre mí haciéndome sentir que no me veía.

A continuación fueron los niños convertidos en objetivo de sus reproches porque, según él, siempre habían estado demasiado consentidos y hacían lo que les venía en gana. Intentaba pacientemente hacerle comprender que a unos niños que sacaban tan buenas notas y eran tan cariñosos no podía reprenderles por las cosas propias de su edad entre las que no había ninguna que mereciese su condena; y entonces me decía que yo era la culpable porque era una sombra en el mundo que no se enteraba de nada.

Aquella frase me hizo meditar y tuve que darle la razón; habían pasado doce años desde que me había encerrado en casa y dedicado plenamente a aquellos hijos míos, que también eran suyos; como ya no aportaba mis propios ingresos solo tenía una asistente dos veces a la semana; mi aspecto, siendo decoroso, en nada se parecía al de aquellos años en que rompía los moldes, mi cabello había olvidado lo que era una peluquería y los escasos momentos de descanso solo deseaba sentarme en una butaca con un libro entre las manos. Seguramente yo era responsable de que en el escaso tiempo que pasaba en casa no tuviéramos nada que decirnos y albergase una cólera apenas reprimida

Me llegó la oportunidad con motivo de una boda a la que asistiríamos los dos. Me sentí transformada y feliz, regada por la esperanza de que mi nuevo aspecto le afectase y cuando aparecí delante de él, temerosa y

XIII DP 2016
CONCURSO DE RELATOS

sonriente, me regaló una breve mirada añadiendo las palabras más hirientes que le había oído nunca: Si pensaba presentarme en la ceremonia con ese aspecto impropio de una cuarentona.

Fueron mis lágrimas más amargas; me miré en el espejo: El vestido era de un tono gris perla con suaves bordados, ceñido a la cintura y un pronunciado escote que pudo considerar excesivo pero, en ningún caso, excusaba su grosería. Era posible que le hubiera sorprendido; pensé que hacía demasiados años que había dejado de lado las modas y siempre buscaba ropa práctica y cómoda, casi nunca llevaba tacones y apenas me pintaba los labios. Esa tarde me empujaba sobre diez centímetros, había ido a la peluquería y me habían maquillado de forma que pensé que habían sacado de mi todo el partido posible y quizá un poco más. A mis años... había sobrepasado los cuarenta pero...

Después, alguna conversación telefónica que se interrumpía, un perfume extraño en su ropa... y el miedo se personalizó en una silueta definida y un nombre concreto. Me aferré a la esperanza de un amor pasajero porque la madurez se retrasa en los hombres y él seguía teniendo la apostura que me enamoró. No me daría por enterada, evitaría a toda costa que mis hijos lo supieran y el tiempo arrastraría su aventura para que volviera a posarse en el nido de su hogar.

Solo la pequeña seguía con nosotros; los mayores habían terminado sus estudios y apenas consiguieron el primer trabajo reclamaron la independencia que para la nueva generación consistía en vivir con quien fuera, menos con los padres, aunque mi despensa, mi lavadora y las fiambreras con sus preferencias gastronómicas estaban a disposición de los ausentes que entraban y salían a su antojo y me demostraban que por muchas mujeres que hubiera en su vida yo era la única que siempre sería su madre.

Tuvo que ser la niña quien afrontara el problema que yo esquivaba; Su padre les había reunido a todos para darles a conocer una decisión que nos afectaría a todos y esperaba que ellos que eran jóvenes lo comprendieran.

- Son cosas que pasan, mamá... él no se atreve a decírtelo.

- ¿Decírmelo? ¿Que tiene que decirme?

- Papá quiere el divorcio... Espera que le ayudemos contigo, que estemos preparados porque en cualquier momento te lo va a plantear. Nosotros sabíamos que algo pasaba porque no se ha esforzado mucho en ocultarlo, los chicos le habían visto alguna vez y dice que es algo que viene de atrás, que hace muchos años que se enamoró de ella... Ninguno

XIII DP 2016
CONCURSO DE RELATOS

hemos reaccionado como él esperaba y me consta que se ha enfadado mucho pero tememos que sea algo irreversible. De verdad, mamá ¿No sospechabas nada?

Si, lo sabía; desde el primer momento, aunque me negase a creerlo, aunque fuera una verdad evidente que me negaba.

La temida conversación se produjo sentados los dos, frente a frente, conociendo de antemano cuales serian las palabras. Un par de horas durante las cuales evocó que las personas cambian y apeló al amor como ese sentimiento irracional que nos invade y esclaviza la voluntad porque él nunca quiso hacerme daño. No existe argumento alguno contra la irracionalidad alegada en su defensa; hay otros, si, otros que se refieren a las transformaciones humanas por motivos de responsabilidades que a ambos atañían y yo solo había asumido.

La mañana que ratificamos el divorcio se acercó sonriendo y atajé su gesto de besarme. No éramos ya un matrimonio. No éramos amigos. De la persona que me enamoré no quedaba nada aunque yo siguiera pensando que un día existió y la que estaba a mi lado era solo una fotocopia de su imagen. Soporté con desagrado la separación de bienes que se limitó al piso que pagamos entre los dos y en el que yo, bajo ningún concepto, quería seguir. Él se haría cargo hasta que se vendiera y me entregó la mitad de su valor en un talón demostrándome que tenía más dinero del que yo siempre había creído.

Compré un apartamento de dos dormitorios que vestí sobriamente y empezó el largo duelo por la pérdida del ser que más había querido y creía volver a ver en el rostro de mis hijos que no se apartaban de mi lado y a los que tuve que corregir algunas expresiones porque el divorcio solo me afectaba a mi y ellos siempre serían sus hijos. Rechacé algunas llamadas, acercamientos sin sentido de gente que otrora frecuentábamos y rehusé invitaciones porque todas respondían a una curiosidad morbosa que yo no satisfaría.

Los niños se iban acostumbrando a la nueva situación; aunque nunca me hablaban de él hubo frases demostrativas de que habían asumido nuestro estado, incluso con mejor o peor grado lo aceptaban y poco a poco recuperaron el ritmo habitual de sus visitas.

Susana también se fue; había conseguido trabajo en una librería y compartiría piso con unas amigas. Mi pequeña se había hecho mujer y destrozaba con las garras de sus propósitos el cordón umbilical que yo nunca rompí. Tenía que asumir que estaba sola, adentrada en la desconocida senda en que me había perdido y que el poco dinero que me quedaba se aca-

XIII DP 2016
CONCURSO DE RELATOS

baría pronto y tenía que pensar en como sobrevivir sin molestar a nadie. Cuando no podía soportar los negros pensamientos me lanzaba a la calle sin un destino; erraba por las aceras, me detenía ante los escaparates, inaccesibles a mi nula economía, podía sorprenderme la noche en un lugar alejado al que nunca supe por qué llegué.

Sábado del mes de julio. Tras una noche de insomnio plagada de pesadillas escapé de la soledad de mi casa. Un sol abrasador plateaba el asfalto y los escasos viandantes, sin multitudes alrededor, podíamos diferenciarnos: Frente a una parada de autobús volví a encontrarle. Nos habíamos hecho mayores pero nada fundamental en él había cambiado: De repente se detuvo el tiempo y con él cesaron mis pasos hasta que quedamos frente a frente, sumergidos en la soledad de un mundo habitado por los dos, enredados por las miradas que se prendían de los ojos incapaces de ver los cuerpos para interpretar las almas y sentí que un profundo suspiro se transformaba en una palabra.

- Rafa...

Prisioneros del inmovilismo en un molde arcilla, me embriagaba el aroma de su aliento con perfumes de madera y la zarpa del ayer rasgó sus labios que se entreabrieron para que una voz, tan fuerte y rumorosa que no pudo crear garganta humana y brotara del manantial en el que beben las mariposas me respondiera

- Cristina...

Nos lo contamos todo desde el fondo del silencio roto; cosas que nunca pensamos, cosas que nunca supimos, cosas que pudieron acaecer y no podían quedar en el olvido; derramamos lágrimas secas y reímos sin sonidos. Sus brazos desnudos tenían el color de mi playa y la cabeza se inclinaba sobre mí como el mástil abatido por la tempestad presto a recuperar la esbeltez que desafiaba el viento. Regresé a mí, a las pelotas de trapo, a las tertulias de los jóvenes en la plaza, inmensamente pequeña y delgada, el corazón prendido en la hoguera de su mirada y tanta debilidad que no podía apartarla de mis ojos.

Para que el tiempo recuperase su ritmo fue necesario que la sombra de una mano sobre su brazo nos despertara y contemplara el rostro de la mujer sembrado de una angustia infinita intentando desentrañar el misterio de mi nombre y los labios entreabiertos comprimiendo sus preguntas. El espacio que solo ocupamos solo los dos se llenó de edificios, de calles, de vehículos, de gente indiferente al prodigio de un encuentro; recobré la potestad de mandar sobre mis pasos y proseguir mi camino que en ese momento no me llevaba a ninguna parte. Detrás de mí, dos centellas azules se

XIII DP 2016
CONCURSO DE RELATOS

clavaban en mi espalda y me quitaban la fuerza. Al volver la esquina las piernas apenas me sostenían y hube de detenerme apoyándome en el quicio de un portal y pensé que éramos protagonistas de una obra sin argumento y habíamos abandonado el escenario sin saber el desenlace. En mis oídos y en mi mente el eco de una voz que me llamó como nunca me llamó nadie.

Me senté en un velador, bajo la sombrilla que me ofrecía la necesaria penumbra, encendí un cigarrillo y vi acercarse al camarero que tantas veces antes me había atendido.

-¡Vaya día insoportable! ¿Que va a tomar la señora?

Con mano diestra arrancó el polvo del tablero y sonrió afable esperando mi confirmación.

- Un martini; blanco y dulce, por favor.

Pareció extrañado y se metió en el establecimiento.

Tuve la sensación de que la cafetería era mi lugar porque si la abandonaba rompería la columna de humo del cigarrillo sobre la que me elevaba galopando en el fuego de la brisa que prolongaba nuestro encuentro... Recordé las batallas ganadas, las perdidas y la única a que jamás me enfrenté porque me lo impidieron sus ojos; acepté por igual las victorias y derrotas, pero no podría nunca perdonar lo que no me atreví a hacer nunca. Acaso toda mi vida, desde la última vez que le vi, estuvo encerrada en un paréntesis que se cerró cuando volví a verle.

Me olvidé de comer; frente al sillón en que me había desplomado había un retrato en que mi madre y yo sonreíamos frente a la cámara, precisamente cuando, a causa de mi ingreso en el internado, nos separaríamos por vez primera y ella quiso que ambas conservásemos ese recuerdo. En aquella ocasión mis ojos aún eran grandes y reidores y el rostro reflejaba un ardor que el tiempo había apagado. Porque yo había sido esa niña feliz que derrochaba cariño e irradiaba esperanzas, la que inventó el juego de policías y ladrones en que aquellos eran las monjas persiguiéndonos cuando escapábamos de las aulas para sentir el placer de oírlas correr detrás de nosotras. La de los chistes en la capilla, la buhardilla cerrada y tantas otras travesuras por las que se habían desbocado los potros de infancia hasta convertirme en un caballo alado capaz de ascender a la más alta de las montañas... Yo había tenido una vida, la vida que fue mía, quizá la que nadie pudo arrebatarme porque formaba parte de las raíces de mis recuerdos. El sol había girado en el horizonte y comenzó el dulce atardecer de las añoranzas.

La semana siguiente regresé a mi viejo barrio, a las estrechas calles cuyos edificios se mantenían por imperativo municipal aunque ya no exis-

XIII DP 2016
CONCURSO DE RELATOS

tieran las mismas tiendas y fueran otras las plantas que asomaban a mis balcones. No encontré a ninguna portera sobre la silla de enea haciendo ganchillo porque los propietarios habían prescindido de este servicio y alquilado sus casas. Sobre las aceras polvorientas dejé las huellas de las pisadas que renovaba diariamente y levantaba la cabeza para contemplar el horizonte limitado por las aristas de las fachadas de las que colgaban algunas plantas silvestres capaces de producir flores aunque no tuvieran tierra... Mi viejo barrio guardaba el secreto de la paz y me acogía en su seno como otra madre que en anochecer me transmitía el mensaje de un principio. Jamás volvería ese parte del pasado en el que fueron posibles tantas cosas...

El viejo maestro salió a mi encuentro y me tendió los brazos. Con mi marcha del bufete había perdido a la que pudo ser la mejor abogada del equipo y aunque se sentía cansado seguía al pie del cañón porque no encontraba el momento de retirarse. ¿Acaso yo...?

Pude contarles mi tragedia, que seguramente ya conocía, pero no lo hice. Pude explicarle que algo llamado mi futuro estaba en sus manos y me callé. Sí, efectivamente, me gustaría volver a trabajar si es que aún era posible y lejos de ponerme inconvenientes manifestó su alegría porque había vuelto al lugar del que no debí marcharme nunca

Tuve que estudiar mucho, me atreví a consultar de nuevo, a pedir consejo, y aquellos compañeros, a los que tan poco ofrecía y tanto me dieron, me hicieron recordar que existía algo importante: El respeto.

Me costó menos de lo que esperaba habituarme a mi nuevo ritmo; comía con mis compañeros en una cafetería que estaba en la planta baja y, negándome a la integración en el club de viudas y divorciadas que parecían constituir mis antiguas amigas, solo de vez en cuando iba a un cine o un teatro y a través de la televisión me asomé a la sociedad de la que, voluntariamente, no formaba parte.

Solo algún atardecer, cuando alargaban los días y acortaban las noches; cuando la luna temprana se vestía de blancura entre las nubes del firmamento enrojecido y el viento traía aromas de azahar; recordaba al hombre que perdí en tan temprana edad que nunca pude llamar padre; a la madre que siguió siéndolo hasta que me la arrebató la muerte; a mi barrio, mi casa, mi colegio, la Facultad de Derecho, las actividades frenéticas a las que había dedicado y renuncié a convertirme, también yo, en la fotocopia amarillenta de la mujer que había sido.

Tenía a mis hijos, llegaban mis primeros nietos, mi nombre en una placa reluciente en la puerta del despacho y era consciente de que el destino

XIII DP 2016
CONCURSO DE RELATOS

que me reservaba la vida era como un juego en el que solo yo podía jugar las cartas.

Aún eran posibles tantas cosas...